

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 28 DE OCTUBRE DE 1923

NÚM. 20.200

SENSACIONES DE PAISAJE

La huerta



El prisionero lleva más de seis meses de reclusión en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid. Una imagen de Nuestra Señora y un crucifijo de pincel disimulan la desnudez de los mu-

ros de la celda; sobre la mesa, unos libros de devota meditación—San Bernardo, San Agustín, el *Tratado de la Oración*, del maestro Granada—siempre abiertos, solazan y ocupan las horas del poeta.

A pesar de las calamidades y miserias del encierro, gusta el agustino de «tal quietud y alegría de ánimo», que ha de recordárselas después, en las horas de libertad, cuando vuelva a gozar del trato de los hombres que le son amigos.

Separado de las envidias, el fraile escribe pedimentos al fiscal y a los jueces, y largos y terribles alegatos que sirven de contraprueba a los cargos que le acumulan sus enemigos y calumniadores. A veces, quiebra en estos escritos la ecuanimidad del perseguido. Una ironía sangrienta, un apóstrofe violento, un inciso desdenoso, flotan sobre la superficie limpia y tersa de su estilo. Entonces el fraile, asustado del huracán de sus propias pasiones, que creía acalladas, torna al comercio y a la lectura de su glorioso Padre San Agustín, al trato de las musas y a la evocación del paisaje que abrió brechas de luz en las tinieblas de su espíritu vacilante y congojoso.

«El paisaje! Mejor bálsamo «en sus malenconías y pasiones del corazón» que la cajita de polvos que para él confecciona, con exquisito amor, la monjita de Madrigal Ana de Espinosa. El buen maestro comienza a escribir, con su letra grande y clara, el peregrino tratado *De los nombres de Cristo*. Marcelo, Sabino y Juliano departen en la quinta de la Flecha.

Desde la celda del Santo Oficio evoca Fray Luis el apacible retiro de su Orden. Cuando comienzan a cesar los estudios en Salamanca, allá a las vueltas de San Juan, por las postrimerías de junio, plácele al maestro retirarse, como «a puerto sabroso», a la soledad de la quinta que tiene su monasterio en las orillas del Tormes. A la caída de la tarde, desde el altozano del Rollo, las torres de Salamanca se encienden en festival de luz. Las catedrales se tornan rojas, y de los campos, rojos como las piedras, brota un canto de fecundidad. Los rumores de la sazón se quiebran y embotan en la huerta grande de la Flecha. El desconcierto y desorden de los árboles «hace deleite en la vista». Hay en ella frescura y sombra de parras. Una pequeña fuente, que nace de la cuesta que tiende la casa a las espaldas y que entra en la huerta por aquella parte, corriendo y saltando «como un adolescente, parecía reírse»—nos dice el prisionero.

Desde la huerta se columbra una alta cuadran la decoración de las tierras padadas, moteadas de nieve, más arriba, en-

y hermosa alameda. Y más adelante, «enchieniendo bien sus riberas», tuerce el paso por la vega, formando un semicírculo. Los oteros del Arapil, a la derecha, y las crestas de la sierra de Gre-

niegas, de las ringleras de olmos y de las mansas lomas de Aldealuenga. Y con la hora fresca, el día sosegado, el cielo purísimo y la fuente correntona y saltarina—allá por San Juan, cuando ce-

san los estudios y se interrumpen hasta la otoñada—, los tres novicios, «sentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados», sonríen de puro gozo y comienzan a departir.

Los vientos en Madrigal

Y ahora, rimando versos desde el calabozo de Valladolid, recuerda y evoca el paisaje de Madrigal el poeta. A la entrada de Madrigal, frente por frente de la puerta de Arévalo, tienen otro convento los agustinos, sobre la llanura pedrada, polvorienta y pajiza. En los días claros se perciben las torres del castillo de la Mota de Medina, los manchones cárdenos de las viñas de la Nava del Rey, los campanarios de Fontiveros, de Cabezas del Pozo y de Barcia; las sombras de unos pinares que se inician al Norte por Mira-el-Sol.

Desde las ventanas de los monjes se divisa media Castilla. ¡Ancha es Castilla, ancha y sin espalderas; tierra para pícaros y para santos trahumantes! El paraje es el más alto de toda la planicie alta; los vientos riñen sus batallas más duras en Madrigal y aúllan de dolor y de impotencia ante sus almenas, rompiendo las tejamanas, trinchando los sembrados, helando las tierras, haciendo crujir los rícos portones de pino y cayendo las casucas de adobes que inútilmente se cobijan al refugio de las murallas.

En Madrigal ha visto el poeta el aire que se turba en el verano, los días que se vuelven negros y grises en el otoño, el polvo cegador que surge del suelo y se eleva, furioso, hasta los aires. Y ha oído la canción melancólica del viento marceño que prolonga el sonido de las campanas durante largo rato, y la del aire de mayo, portador de lluvia que beben los terrenos apelmazados con alegría, y el norteño de junio—granizo y piedra—, que barre las cosechas, angustia a los labriegos y recoge a los hueyes, espantados, debajo de las tenadas, y el helado de diciembre, que hincha los cellados, desborda los ríos y enfurece y solivianta a los arroyos.

En la oda «A Felipe Ruiz», el poeta, libre de las ligaduras de la prisión, quiere volar al cielo para contemplar la verdad pura. No piensa holgar en él hasta no descubrir pacientemente «el principio propio y escondido» de todas las cosas, del asiento de la tierra, de las lindes de los mares, de los cebos y abastecimientos de los ríos, de las fraguas de los rayos, de las señales de los movimientos de los mundos que ruedan por los espacios. Y al evocar el mundo grande, tiene delante de los ojos la visión de la fría y ancha llanura avileña, donde él ha de morir una tarde de agosto; la visión de este páramo inmenso donde los espíritus, helados como los cuerpos, no se preguntan hoy por los principios de las cosas, sino por sus finalidades concretas e inmediatas; la visión de este pobre rincón de Castilla, donde sigue soplando, hoy como ayer, el «gállego insano», y donde los remolinos del sucio viento no nos dejan ver las estrellas que alumbran desde lo alto.



UNA ROMANA.—ESTUDIO, POR A. FEUERBACH

José SANCHEZ ROJAS

SUGESTIONES DE QUEVEDO

La Parábola del Buen Testigo

«TEXTO»

SIENDO mancebo, acompañó a su tío Catón, que fué enviado a Chipre contra Ptolomeo, habiendo Ptolomeo dado su muerte antes que llegase. Fué forzado a Catón detenerse en Rodas: por esto envió a Canidio, su amigo, a Chipre a que guardase el tesoro; mas temiendo que éste no le contaría con manos abstinentes, escribió a Bruto que con toda diligencia se embarcase en Panfilia y fuese a Chipre, donde la codicia de Canidio tuviese en su templanza estorbo honesto. Bruto obedeció al tío, aunque con desahrimiento, por juzgar la comisión forastera de sus estudios y de su inclinación; pues iba a ser sospecha de la legalidad de Canidio. Disimuló con apariencias creíbles la nota que le traía con su llegada. Y para excusarle la enmienda, que le pudiera en la acusación ser culpa, le estorbó la culpa con la atención; y con grande alabanza de Catón, y sin nota de Canidio, no dejando verificar la sospecha, juntó el oro y plata, que en grande número fué llevado a Roma.»

«DISCURSO»

«Entonces las repúblicas se administran bien cuando envían ministros a las provincias distantes, que procuran antes estorbar los robos que castigar los que roban. Más hurtos padecen los príncipes en el castigo de los hurtos por algunos jueces, que en los hurtos por ladrones. Quien estorba que no hurte su ministro, guarda su ministro y su hacienda. Quien le deje hurtar, pierde su hacienda y su ministro. Aquellos pecados se cometen más, que más veces se castigan; por eso el ahorrar castigos es ahorrar pecados. Pocas veces deja de defenderse el que roba, con lo propio que roba. Siempre los delincuentes fueron alegres y hacienda de los malos jueces: por esto los buscan, para hallarlos, no para corregirlos.»

«No quiso Catón que Canidio pudiese hurtar; no le dejó Bruto que hurtase; quedó Roma deudora a los dos de lo que era suyo dos veces: la una porque se lo dieron, la otra porque no se lo dejaron quitar.»

«Las Monarquías se descabalan del número de sus reinos cuando a gobernarlos envían ministros que vuelven opulentos con los triunfos de la paz. Confieso que esto es empezar a caer; mas, como empiezan a caer por los cimientos, juntamente es acabarse de caer. Pocas leyes saben convencer de delincuente al que hurta con consideración.»

«Consideración llamo hurtar tanto que, habiendo para satisfacer al que envidia, y para acallar al que acusa, y para inclinar al que juzga, sobre mucho para el delincuente que hurtó para todos. De aquél tiene noticia la horca, que hurtó tan poco, que antes de la sentencia faltó que le pudiesen hurtar.»

(Vida de Marco Bruto, por don Francisco de Quevedo, anotada y comentada por Luis Astrana Marín.)

*

El alma es el tesoro del hombre, y así Dios, como Catón con Canidio, mandándole a Marco Bruto, le mandó a aquél la conciencia. Imagen de la justicia y del bien, su sola presencia preserva del error y del mal. Hubiérase olvidado la sabiduría de Catón de enviarle a Canidio testigo tan discreto, que con tanta

prudencia entendió su cometido, y a la vez tan vigilante y sagaz, y Canidio, demasiado débil para tentación tan fuerte, hubiese hurtado y no habría llegado a Roma íntegro el tesoro.

Para igual oficio puso Dios la conciencia junto al alma del hombre. No para que le acuse cada vez que delinca, sino para evitarle incurrir en delito con la sola eficacia de su presencia. Que la verdadera justicia de Dios, como lo fué la de Catón, que se inspiraba en las divinas normas, no está en castigar los crímenes del hombre cuando se roba a sí mismo robando de su propio tesoro, que es su alma, sino en prevenirlos y evitarlos; y para eso le envió la conciencia, que siempre está alerta y presente, pero muda, discreta y como al margen, aun estando bien adentro; esto es, no como un testigo impertinente y hurfano y amenazador, que se obstina en hacerse notar a toda costa y en todo instante, siempre con la espada en alto, fiscal severo de las más nimias acciones, sino, al igual de Marco Bruto junto a Canidio, como un amigo cordial y desinteresado que el buen azar puso a su vera, y cuya vigilante misión desconoce, mas cuya virtud es tan grande y manifiesta, de resplandor tan bello y cautivante,

que ella le basta para mantenerle firme en su propia virtud y conservar incólume el tesoro de su alma.

De nada le hubiesen valido a Canidio las mañas más diestras para pervertir a Marco Bruto y poder entonces hurtar con la «consideración» de que habla Quevedo, esto es, hurtar para él y hurtar con qué tapar la boca del vigilante testigo; que Marco Bruto era incorruptible por naturaleza y nada podía torcerle. De igual modo, todas las tretas del hombre y todos sus halagos y obsequios no bastarán nunca para que por un solo momento cierre sus ojos o se ausente la conciencia, que Dios la hizo incorruptible, como un haz de su propia luz, para el que no hay desmayos ni timidezas.

Pero bien pudo Canidio, dando oídos a la tentación, hurtar, a pesar de Marco Bruto, que no tenía este poder para evitarlo y su misión no era otra que la de vigilarle y descubrirle y acusarle, en el caso de que delinquiese. Pudo, pues, haber hurtado Canidio, a pesar de Marco Bruto; pero, público su crimen, el castigo también hubiese sido inevitable. Hubiérase hecho, y hubieran sido dos los tesoros perdidos con su hurto: el que era de Roma y el que sólo era suyo; esto es, el de su propia honra.

Así puede el hombre, ya que no comprarla, ni corromperla, ni burlarla, desdenar su conciencia y delinquir; mas no impunemente, porque siempre habrá quien le acuse, y también serán dos los tesoros que pierda con su crimen: el de su alma y el de su propia virtud.

Enrique DOMÍNGUEZ RODIÑO

LA CUEVA DE LAS CABAÑAS

En la Cueva de las Cabañas hay un altar con un blasón para una moza que no quiso poner en venta el corazón. Pétreo cueva que borda el agua, cada gota es como un burlil, perlas cayendo silenciosas sobre dedos de marfil. Llena está la cueva de enanos, como un página oriental, y tienen barbas de luceros y llevan hachas de cristal; y transformados en pinzones y en mensajeros del amor, los enanos desgranaban perlas sobre los árboles en flor. Cueva recóndita y silente donde siempre una xana está, con agujas hechas de estrellas, hilvanando su canevá para la moza campesina que verá el alba envejecer; pero no derrochó el tesoro en las manos del mercader.

—Hija, mira que el tiempo corre y quedaraste sin casar, pues la fortuna solamente cruza una vez por el lugar.

—Madre, no quiero la fortuna.

Quiero bañar mi corazón en la fuente de la ternura o en el río de la pasión.

—Hija, tendrás muchos vestidos y serás dama principal.

—Madre, me siento satisfecha con la sayina de percal.

—Hija, tendrás un gran palacio y un jardín que será un primor.

—Madre, el cerezo de mi huerto todos los años me da flor.

—Hija mía, los tus cerezos los verás siempre retoñar; pero la juventud que pasa ya no torna con el cantar.

—Madre, la nube pasajera pierde en el viaje su arrebol; pero pálida está la Luna

y es la novia que tiene el Sol.

—Hija, verás muchas ciudades, cruzarás la extensión del mar y vendrás a contarme cosas nunca vistas en el lugar.

—Madre, el amor anda de viaje, hincha las velas del bajel; para las mozas mal casadas dicen que es malo hablar con él.

—Hija, no entiendo tus palabras. Tú no andas bien de la razón.

—Madre, al oír los tus consejos, ¡cómo me duele el corazón!

—Hija, no quiero verte triste. No te cases sin ser feliz.

Muele la piedra del molino, pende en los hórreos el maíz.

Dime qué quieres, hija mía, que tu mal ha de ser mi mal.

—Madre, quiero las mis palomas y mi sayina de percal.

Aves de plata, las estrellas, joyas que saltan de un joyel, desde el alero de la Luna bajan al huerto de Isabel.

Todas las noches en la gruta se oye a los gnomos trabajar en las columnas caprichosas y en los encajes del altar.

Caen las perlas desgranadas en los dedos de marfil; cuatro xaninas hacendosas prenden luceros a un mandil.

Sobre las cumbres azulescenas surge el alba primavera.

Tiembla en las pomas el rocío como lágrimas de cristal.

Canta el reitán en los manzanos, brinda la fuente agua y salud;

vuelan ágiles las palomas, como vuela la juventud.

Bajo los linos familiares que hablan de paz y hablan de amor,

sueña la moza campesina con las palabras del pastor!

Afonso CAMIN

UN DÍA VERLENIANO

PRÓXIMAMENTE caerá otro aniversario de la muerte del pobre Verlaine. ¿Cuál? Uno; ¿mas qué importa el número en el pozo del tiempo? Una tarde así, gris y sollozante, en que caía la lluvia tenaz como en la lamentación del poeta, como si el cielo llorase el dolor de la creación a compás del miserere verleniano,

Llueve en mi corazón
igual que en la ciudad;
¡qué lánguida emoción
invade el corazón!

Un día así murió Verlaine, en un chiscon paupérrimo de la parisiense calle de Descartes. Catulle Mendes, Mallarmé, Morice y el conde poeta Montesquiou de Fesensac, quien, según Alejandro Sawa, lucía su pena como un diplomático turco sus condecoraciones. Estos amigos velaron su cadáver; no eran muchos, pero espiritualmente eran infinitamente más que todo el París burgués, gazmoño y analfabeto que le hizo desgraciado, difamó su memoria y le regateó el pan y el laurel. Madame Krautz también estaba allí.

La suerte de los poetas no suele ser lisonjera. Forman el vasto martirologio moderno, comenzando el siglo XIX, con los nombres de Poë y Enrique Heine, a los que sigue una larga y lamentable lista de desgraciados excepcionales: Nerval, Beaude, Cailre, Verlaine, y en España bastará recordar la miseria de Bécquer, genial vagabundo, luchando a brazo partido con la necesidad diaria, lanzado de una oficina pública por el Zutano que entonces era mandarin de la politiquería. Como podemos observar, la hostilidad a los hombres de inteligencia persevera entre nosotros. Recuérdese la bati-da contra los escritores perpetrada por el acéfalo covachuelismo imperante.

A Verlaine no pudieron enseñarle ningún secreto del dolor ni aun los más desventurados; su vida se repartió entre el arroyo, la cárcel y el hospital, su palacio de invierno... ¿Hubiera podido vivir peor cualquier vagabundo? Sin embargo, él pudo escribir los siete grandes volúmenes, de quinientas páginas, que integran sus obras completas, entre el arroyo, la cárcel y el hospital, por el milagro de su genio. El viejo café D'Harcourt fué el único refugio de paz para su espíritu. El ajeno y la devoción de su pequeña capilla literaria le hacían, a ratos, olvidar los tristes episodios de Rimbaud y de Lucien Delys, las tempestades íntimas con la buena alsaciana que fué su mujer, la tacañería de los literos, a los que podía dinero en sus sarcásticas baladas, y la pobreza y la difamación y el menoscabo de su gloria, tan amarga, que estaban en la calle, como monstruos, esperando a que saliese de su querido rincón del Harcourt. Ya de madrugada, dando tumbos en su triste embriaguez, Pierrot cojitrancó en el solitario París, íbase a su yacija como una sombra fantasma de sus Fiestas galánicas.

Años más tarde se elevó un busto del poeta en un jardín como una compensación tardía. El sol de los muertos dora ya su calva socrática y sus gestos de fauno. París le glorifica; los hijos de los que le maltrataron, de los que le negaron el pan y la gloria, pasan hoy, con un temblor de emoción, ante el mármol de su estatua. ¿No hubiera sido más sinceramente cordial no clavar alfileres en su corazón, no tirar dentelladas a su carne, no poner las pezuñas, manchadas con el fango de la calle, sobre su gloria literaria?

Emilio CARRERE



DE NUESTRO CONCURSO
= DE FOTOGRAFÍAS =

PAISAJES GUIPUZCOANOS

EL MÁS BELLO RINCÓN
= DE ESPAÑA =



DIFÍCIL sería precisar dónde está el más bello rincón de Guipúzcoa. Pocas regiones de España se le asemejan en la variedad, en la multiplicidad infinita de formas de sus montañas y sus valles y sus corrientes de agua; acaso ninguna la supera en la frondosidad y en la cantidad de su arbolado, y pocas la igualan en la gracia encantadora de sus pueblos y sus caseríos.

Guipúzcoa es el encantado pórtico que España ofrece ante Europa. Desde la misma raya fronteriza hasta la linde alavesa se ofrecen a la contemplación del extranjero grandes, ricas e industriosas ciudades, contrastando con la belleza bucólica y pastoril de los paisajes. Dotóla la Providencia de todos los bienes; el mar bravo, que bate los acantilados de su costa, se adentra, formando puertos seguros, como el de Pasajes, y se detiene temeroso ante sus recatadas conchas donde la playa se ofrece como en apacible mediterráneo; las laderas de sus montañas se muestran cubiertas de verdor perenne y sustentan vacas y ovejas; las torrenteras de linfas cristalinas que descienden de los altos picachos y se acrecientan con el caudal de abundosos manantiales, antes de perderse en el mar, empujan las piedras de los molinos, templan el acero, fraguan la trama del papel, mueven las turbinas y se convierten en fuerza y en luz.

Y lo admirable de esta región es que todo esto es paisaje; todo está unido al paisaje y compenetrado con él de modo inseparable. Dijérase que es el caso de Suiza, donde cuanto se ofrece a los ojos parece rimado en un solo acorde, creando o colocado para ser parte de una unidad.

En Guipúzcoa acontece más: esta unidad está constituida por la provincia entera. No hay distinción entre la ciudad y el campo; no hay diferencia entre la ciudad de veraneantes y la villa de industriales o la aldea de pescadores. Las montañas están pobladas de caseríos; las carreteras, con sus ringleras de árboles frondosos y su pavimento bien cuidado, semejan calles; los santuarios se suceden... Jamás, en estos campos, tendréis la sensación de soledad, de abandono, de perdición que sentís en las planicies castellanas, en los riscos y llanuras de Andalucía... Os sentiréis rodeados, amparados; donde quiera deis una voz seréis oídos... Esta vida interurbana, esta compenetración intensa de las ciudades y los pueblos y los caseríos se ha hecho más íntima, más fraternal con la extensión de los tranvías por toda la provincia.

Comparad el caso con Madrid. ¿No os da la impresión de que los tranvías cortesanos, apenas llegan a la linde del extrarradio, sienten miedo de abandonar



Núm. 15.— Casa solariega en Eibar. Lema: COUNTRY-TROTTER.



Núm. 16.— Vista de Usurbil. Lema: COUNTRY-TROTTER.

la urbe, como si más allá no hubiera pueblos hermanos que necesitan comunicación frecuente con la capital? En Guipúzcoa los tranvías de San Sebastián no se detienen donde termina su caserío, sino que avanzan por las carreteras y van de pueblo en pueblo hasta la frontera francesa y hasta las provincias hermanas. Así, cada villa, cada aldea, cada casona aislada en el campo, residencia ayer de nobles señores y hoy vivienda de labriegos, es como una parte de la capital. Y los que en la capital viven, terminados sus afanes del día, pueden recorrer los campos, cruzar los pueblos, ir a rezar al santuario donde cada uno puso su fe. Y esta convivencia crea el amor a la tierra que tan amorosa y tan bella se nos ofrece.

Casas solares como la de Sartegui, en las cercanías de Eibar—que el fotógrafo concursante nos ofrece—, con el escudo todo soberbia hidalga, sobre el humilde portal; cumbres donde la devoción puso un signo, como en la de Anduz, cercana a Deva; rincones apacibles como el de la iglesia de Usurbil, inmediata a San Sebastián; laderas como las de San Nicolás de Lastur, donde las ovejas pacen, son rincones bellos, de los que la provincia guipuzcoana puede ofrecer centenares y aun millares.

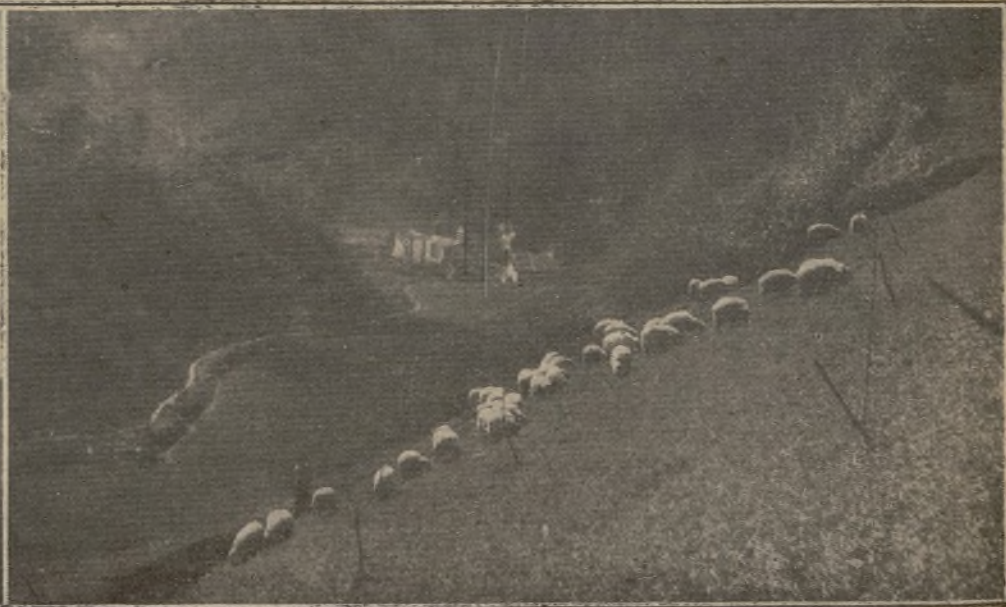
Y dijérase, aparte la prodigalidad de la Naturaleza, que Guipúzcoa es bella porque ama al árbol. En el antiguo fuero de Guipúzcoa un artículo imponía graves penas al que hiciese daño a los árboles, y por cada uno talado le obligaba a plantar dos. Y este mandato del Fuero viejo, hoy es costumbre, pensamiento, amor, tradición, todo en una pieza. Un sereno y fecundo panteísmo forma parte del carácter guipuzcoano.

Dijéramos más, sin temor a parecer aduladores. Guipúzcoa ejerció hasta ahora sobre España, en estas últimas décadas, una influencia educadora admirable; pero esta influencia se limitó a ser urbana. Fué allí, en la Concha, en los salones del Casino, donde la aristocracia española perdió su rancia pacatez; allí donde se dejó influir por las libras y despreocupadas costumbres extranjeras. Y tras ella, la clase media se sintió tentada de más osadas ambiciones y del deseo de participar también de los goces materiales de la vida. Dijérase que San Sebastián enseñó a los ricos a serlo, y a los no ricos a apetecerlo ser... Y ahora viene de la tierra guipuzcoana otra pedagogía más noble, más espiritual. Han aprendido allí las gentes a amar el campo cultivado con cariño, la umbría de las arboledas, los regatos que irisan los peces al destizarse temerosos... Si la lección se aprendiera bien, España tornaría a ser el jardín de las Hespérides...

MINIMO ESPAÑOL



Núm. 17.— En la cumbre de Anduz. Lema: COUNTRY-TROTTER



Núm. 18.— San Nicolás de Lastur. Lema: COUNTRY-TROTTER.

EL ÚLTIMO OGRO

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

PUES, señor, en aquel tiempo—¡oh!, de esto hace muchos años, una barbaridad de años—todos los niños del mundo eran buenos.

Esta situación tan grata se debía, en parte, a la existencia de las hadas, que siempre surgían con oportunidad para recompensar las buenas acciones.

¿Un niño le daba una limosna a un mendigo hambriento? Pues el mendigo le regalaba algún talismán, por ejemplo, una flauta, en la que bastaba con soplar para que todos los desecados de su feliz propietario se cumplieren.

¿Un niño, apiadado de una anciana cargada con un haz de leña, la ayudaba a llevar su carga? La vieja le regalaba tres avellanas encantadas, de las que salían un palacio de mármol, una carroza con ocho caballos y un equipo completo de raso y brillantes.

Indudablemente, aquéllas eran recompensas más codiciables que un dulce, un juguete o una sesión de cine.

Pero los niños de aquella época hacían algo quizá más difícil que realizar buenas acciones, y era no cometer ninguna mala.

Esto se debía en absoluto a la existencia de los ogros, siempre dispuestos a devorar a los niños malos; a los buenos, no, porque no tenían autorización para ello, que si no, a ellos supongo que les harían lo mismo.

El terror que inspiraban los ogros era la cosa más saludable del mundo, pues hacía que todos los niños fuesen unos benditos de Dios. ¡Ay!, y no vayáis a creer que había niños que se atrevían a luchar con los ogros y hasta conseguían matarlos, merced a su valor y su habilidad; esas cosas no han sucedido más que en los cuentos. La verdad es que a los ogros les tenían miedo todo los niños, sin excepción.

Y he aquí que un día, en un pueblecito de no sé qué país, el ogro que allí había murió. Estaba ya muy viejo y achacososo; pero yo creo que se murió de hambre, porque, como todos los niños eran buenos, él no tenía qué comer.

La consternación en el pueblo fué general; es decir, fué general entre los papás, porque los chicos estaban encantados.

¡Ya no tenían por qué temblar! Y se volvieron desobedientes, respondones, embusteros, holgazanes y traviesos.

¿Cualquiera hacía carrera de ellos! Regaños, castigos, azotainas, quedaban sin efecto. ¿Qué era todo esto al lado de la antigua perspectiva de ser devorados por un ogro?

Aquello no podía durar; todos los papás y las mamás del pueblo celebraron un día una reunión para tomar un acuerdo, y fué pagar a escote el viaje de otro ogro que reemplazara al antiguo.

Y llegó el nuevo ogro. ¡Ese sí que era bueno!

Primero, se llamaba Katarapum, nombre muy indicado para esta clase de personajes; luego, era tan alto, que los hombres más altos del pueblo no le llegaban ni al tobillo; tenía una cabellera roja ferocemente enmarañada, y sus ojos parecían despedir llamas; en fin, era tal su fuerza, que con dos dedos desarraigaba un árbol, y cuando resoplaba, porque tenía calor o estaba cansado, parecía que se había desencadenado un huracán.

Como si todo esto fuera poco, tenía una gran conciencia de sus deberes de ogro; así, al entrar en su casa, donde le

esperaba su esposa—que era una buena mujer, inofensiva, como todas las esposas de todos los ogros—, nunca se le olvidaba rugir: «¡Aquí huele a carne humana!», con una voz tan terrible que a mil leguas, o más, a la redonda, todos los niños corrían, despavoridos, a refugiarse entre las faldas de sus respectivas mamás.

Los papás, encantados, colmaban a Katarapum de regalitos, y el ogro, temido por unos y mimado por los otros,

había hecho muchos años antes la madre de la Caperucita Roja, ¿os acordáis?—les dijo:

—Vais a llevar esto a vuestra abuela, que vive en el pueblo vecino; id de prisa, no separaros, no entreteneros en el camino y no peleáros.

Y añadió:

—Pasaréis por el bosque donde vive el ogro; conque no os digo más...

Caminando a prisa, dándose la mano como dos buenos hermanitos, sin des-

de sendero, se extraviaron y, antes de darse cuenta de cómo había sido aquello, se hallaron entre unos árboles tapidos, junto a cierta casita de maderas oscuras, a través de cuyas rendijas se filtraba una lucecita misteriosa.

¡Era la casa del ogro Katarapum!

Trémulos de emoción, ahogando sus sollozos, Currusquín y Pirulina se arrojaron en brazos uno de otro. ¡Estaban perdidos! Verdad es que, como eran buenos, nada tenían que temer; pero, por otra parte, el ogro, impulsado por el apetito, muy bien podía equivocarse y tomarlos por niños malos.

En aquel momento oyeron unas pisadas formidables; se ocultaron entre los árboles; era el ogro que llegaba.

Le oyeron cómo abría la puerta, de un puntapié, y cómo, al entrar, rugía con su voz de trueno: «¡Aquí huele a carne humana!». Luego, ya no oyeron nada.

Entonces recobraron un poco de valor, y la curiosidad acabó por infundirles el suficiente para acercarse y pegar el ojo a una de las rendijas de las maderas oscuras.

¡Dios santo, lo que vieron!

¿Quizá al ogro devorando a un niño con salsa a la vinagreta, o degollando a otro con su enorme cuchillo de cocina? No; nada de eso, sino precisamente todo lo contrario.

Katarapum y su mujer se hallaban sentados ante la mesa y cenando; la mujer comía un filete de ternera, rebozado; el ogro hundía una cuchara fenomenal en una sopera, en la que judías, lentejas, guisantes y hojas de lechuga nadaban en un caldo con tapioca.

Y la mujer decía:

—Katarapuncito, ¿quieres probar un poco de este filete de ternera? Está muy tierno y muy rico.

Y el ogro contestaba tristemente:

—Ya sabes que no puedo comer más que sopas y verduras, porque la carne se me indigesta.

No queramos saber el efecto que les hizo a los dos curiosos esta asombrosa revelación.

Pero lo más grave fué que se apresuraron a pregonarla por todas partes, y, perdidos ya el respeto y el temor al ogro, los chiquillos del pueblo se reunieron para echarle de allí a pedradas, entre burlas y risas.

Y como el rumor de esta aventura cundió, el desprestigio de los ogros fué universal; ya no servían para nada y los echaron de todas partes; así, los infelices se vieron reducidos a morirse de hambre.

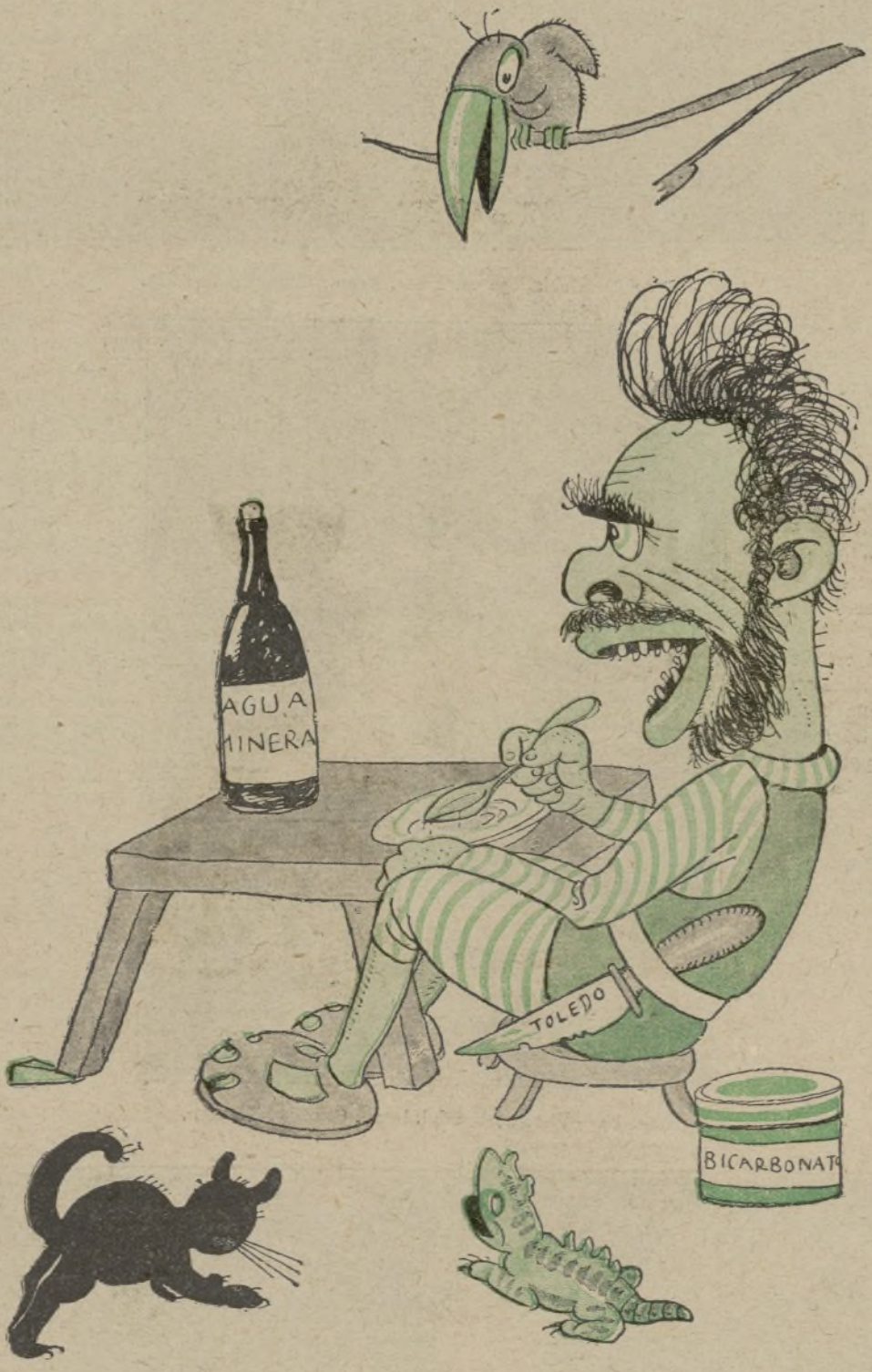
Y luego..., luego, muertos ya todos los ogros, los niños se volvieron como son en la actualidad.

¿Que cómo son en la actualidad? No me atrevo a decíroslo por miedo a que os incomodéis conmigo y, además, porque vosotros sois todos la excepción; pero preguntárselo a vuestros papás y ellos, que tienen más confianza con vosotros, os contestarán.

Lo que sí os digo es que hay que ser buenos porque sí, por el gusto de serlo; pero no por miedo. Y añado—pero esto es un gran secreto—, que no se les debe tener miedo a las cosas sin conocerlas. Porque existen por el mundo muchos monstruos que parece que se van a comer a la gente cruda, y total, nada: ¡vegetarianos!

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.



✚ POR EL CRISTO DE CANDAS ✚

NOVELA CORTA ORIGINAL DE LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA

I

¡VISTELO e non quisiste facer casu; que el hom bien gritaba... ¿sabréis yo?

—Eu tamén, ¡coime! Dormidín parecida, ye verdaz; mais faciéndome el sorbo, que la mar acaba, muyer, y el andar por ella estropia, y de vez en cuando non es no empapizarse de niebla y salitre, ¡rebástoles! Vosotras sois así; nos pedis munchu y luego con rezar por diantito ye bastante, ¡coime! ¿Quién me gana a querer a la mar si nasci en ella y los meus brazos parte son de los remos? Que el home gritó, ¡bien lo sé! ¡E mala comeción sentía afarullándome, diáño! ¡Como que ya estou pesaroso pol mansio de sardinas que vi ayer acuciándome la gaviota! ¡Poco blanqueaba en la mar! Mais... ¡non sé, Pimentosa... non sé! Hoy—añadió acercándose al ventanuco y bañándose el rostro en livor de aurora como si el mar próximo le escupiera el desdén de la noche por su peregrina cobardía—, hoy sentíme rezagón... ¡ye verdaz!...

Recorría con ansia el espectáculo de fuera, adivinándose en sus ojos toda la poesía del Océano.

—L'agua está mansuca, pero hay un recelo que me atosiga, muyer. Había de salir con Sotiello, el mal hom que me quitó la mio trainera con sus malas artes y su mal abogau, e como sé que Dios castiga e sé que lo fará, por habérmelo echu la meiga gallega que vino de arribada hasta Cudilleros en l'último noroeste, ¡diáño! non quío que en la hora del castigo y pol no verme Dios con la escuridaz de la noche, catárame con él en la mar.

—¿Qué burru eres! ¿Y el bolsiu, Pedrín del diablo?

—¡Coime! ¡Bien cuajau está! ¡Ya dijiste meo la otra noche!

—Pero mientras más faiga...

—¿Y pa qué?—dijo el pescador con un gesto de displicencia.

—¡Puño! ¡Pa la rapaza!

—¡Angeluco mío!

Y el hombre miró con ternura hacia un rebojo de parda ropa, entre cuyas vaguedades y dobleces descubriase el rostro de una niña dormida.

Era un diálogo a media voz, salvo las notas estridentes de las exclamaciones, contenidas a escape por el rápido tirón del aliento, temeroso de despertar a la rapacina abandonada a su dulce quietud.

La Pimentosa habíase alzado del petate cuando todos los días al oír el primer grito que llamaba a los pescadores, coincidiendo con la veta de claridad que ponía la imprudencia del alba en la abertura del ventano. Buscó a tientas los fósforos, arañándolos con rasponazos azules sobre la húmeda lija, mientras llenaba el ámbito oscuro de la choza el ruido del mar en la escollera... ¡ruaah!..., ¡ruaah! ¡Lo de siempre! ¡Los pueblos de la costa no tienen más rumores! Todos los sofoca el Océano desplomándose, vertiéndose, azotando el cantil, sobre cuya indiferente terquedad hierve y bulle, destando en el temblor de sus aguas suficientes los últimos escalofríos de rabia.

Carraspeó después, zarandeándose el pañuelo de la cabeza, vistiéndose la falda y empezó a rezongar:

—¡Pedrín, Pedrín, que te llaman, hom!

Y Pedrín, que era un mozo robusto como un ciclope, volvióse, estirando su brazo musculoso y dejando brillar bajo

sus pestañas ciertas luminosas estrias de vaga comprensión, denunciadoras de que podía despertarse en el punto que le viniese en gana, quebrando su fingido sosiego, ya que a tal hora siempre lo hacía; pero veíase que el hombre estaba como el que no quiere. Ella, entonces, cruzó la zahurda, atiborrada de los más extraños objetos: redes, palos, picos, trozos de vela y sacos de patatas, semejantes a odres repletos o a pequeños monstruos que se agazaparan más cada vez,

«gris-ris», más sordo cada vez, del ordeno en el xarro.

—¡Pedrín, Pedrín!—insistió imperiosa la hembra.

Y el marido, incorporándose, estregóse los ojos hasta fijarlos cariñosamente en la niña.

Sonrió y dijo, como si le escuchara:

—¡Pobretica!

Y a escape se caló las bragas, dando entonces comienzo el diálogo con que empieza esta historia.



temerosos de las injurias de la luz, y se dirigió hacia el fondo, a un antro oculto por una cortinuela a medio correr y donde dormía la vague, dando más calor que la lumbre cuando estaba encendida, mezclando sus características emanaciones a las acres y nauseabundas de las hortalizas y de la brea de los aparejos.

—¡Vamos, «Lucera», ponte!—dijo desde la sombra la voz de la mujer, y a su compás oyóse un blando resoplido y el flébil son de una esquila y el roce de los cascotes al afanzarse, y, por último, el

Después de tomarse la yéche, empapada en mendrugines de borona, Pedrín insistió.

Era muy supersticioso..., ¡ya lo sabía! Nunca estuvo en él corregirse, pero aquella vez iba a ocurrir algo serio en la mar. Ella le miró, poniéndose a su espalda para hacerle una mueca de burla.

—¡Perezoso!

—¿Cuántas veces le había visto así?—el hombre se volvió un poco airado—. ¿No recordaba ya el noroeste del último octubre, cuando él y Cosme, el de Quirós,

ocupaban la trainera sangrándose, roto el tormentín, descapillado el mástil, sin más timón que los dos remos, que se torcían en la furia de las corrientes?

—Sí, sí; que no la recordara aquello.

Abrió la ventana y empezó a mirar.

—Pero la mar estaba bella y el mansio de la sardina es posible que hinchara a los otros... ¡Qué estupidez!... ¡Aunque fueran parrochas!

Pedrín no respondió. Dando un gruñido y encogiéndose de hombros, calzóse rápidamente las botas de agua, requirió el sombrero de hule y se echó el chaquetón al hombro.

—¿Dónde vas, condenáu—dijo entonces, despavorida, la mujer.

—Pero... ¿quién vos entiende, coime?

—gruñó el hombre, mordiéndose la interjección.

En esto despertó la niña, angustiada, tendiendo convulsivamente los brazos.

—¡Padre, padre, no salgas a la mar!... ¡He visto a Dios!

Menudo fué el escalofrío que sacudió la espalda de Pedrín, mientras la Pimentosa rugía, abalanzándose hacia la niña.

—¡Válgame el Cristo, que se me muere mi cordera!

—¡Calla, muyer! ¿Qué ha de morirse nos? ¿Verdaz que non, hijuca?

Apenas acertó a decirlo; sus labios teclaban sin fuerza como los macillos de un clave inútil; pero se repuso en seguida, viendo sonreír a la pequeña ya más tranquila.

—¿Que has visto a Dios, cordera, encantín mío?—repitió la madre con un ansia negra, interrogadora, en los ojos.

—¡Toma, toma yeché, angeluco!—añadió Pedrín, volviéndose el sombrero sin saber lo que hacía, lo cual produjo una explosión de júbilo en la rapaza.

Aquello les tranquilizó.

—¡Vamos, duérme, mío fía, duérme!

—dijo la madre, ya en brusca transición de dureza, pues las mujeres son así.

Pero el hombre, siempre supersticioso:

—¿Qué es eso de que viste a Dios, neña? ¿Qué es eso?—preguntóla.

—Pues—replicó la chica, distrayéndose y cabeceando con esa dislocada acción de los niños cuando se les obliga a decir algo importante—. Pues... era un hom vieyu.

—¿Vieyu, de barba branca?

—Sí—interrumpió para meterse el índice en la naricilla.

—¡Vamos! ¿Y qué te dijo?

Las dos cabezas juntas de los padres dejaban caer su acuciadora curiosidad sobre la indiferencia de la niña, que se animó de pronto.

—Me dijo que non te vaigas a la mar.

—¿Lo ves, lo ves?—gritó Pedro Patiño, mientras ella reflexionaba, arropando a la rapacina, que volvió a dormirse tras de un breve y ligero temblor de párpados.

Luego, y manteniéndose de rodillas, miró lentamente a su marido, que esperaba...

—¡Bah, cosas de chicos!—murmuró.

Toda la gama de la sorpresa, de la ira y del asco pasó por los ojos de Pedrín, que dijo, encogiéndose de hombros: —¡Cebéciosa! ¡Vo a darte gusto!

E inclinándose sobre la niña la rozó con la boca, olfateando su perfume de adorada carne; dirigió una desdenosa mirada a su mujer y se dirigió hacia la salida; pero en aquel momento sonaron dos recios golpes en la puerta.

Pedrín, que ya estaba próximo, la

abrió, mostrándose bajo el dintel un viejecillo de pelo corto y blanco, tez encendida y cejas profundas y hostiles, algo curvo el talante y con una dulce benevolencia en el mirar.

—¡El capitán loco!—exclamaron a un tiempo Pedrin y su mujer.

Y el recién venido, en voz triste y tranquila:

—¿No estamos hoy a 12 de noviembre?—dijo—. Pues no salgas a la mar, Pedrin, no salgas a la mar y escucha.

II

Llevaba cuello liso y pechera en frunces, y chalina de mariposa, y un traje oscuro, decente y usado, como cumple al hombre que, aun hallándose en posición humilde, vela en lo que puede por los fueros de su calidad. Diego Sartines, en sus años de mozo, había sido capitán de altura al servicio de una Casa armadora, recorriendo durante seis lustros las cinco partes de la tierra, en continuo ir y venir, y toma y daca de viajeros y mercancías, y con más aventuras que el más famoso Marco Polo. Toda la energía de un héroe iba apurada y prieta en el cuerpo desmedrado; pero... ¿quién se hubiera atrevido en aquel entonces a llamarle el capitán loco? ¡A él, que jamás necesitó de carta ni de bitácora para ir sorteando los más peligrosos arrecifes, ni para sostener su branque en el rumbo con sólo mirar las estrellas, colándose en los puertos y abarlando en los muelles sin prácticos ni zarandajas!

Más tarde, naturalmente, el tiempo, ese vejete irónico que enterró a Menfis en el polvo amarillo de sus ambiciones, y crea titeres y los deshace para reírse de ellos y de sus penas en sus horas de distracción, habíale reducido a los límites de su escasa fortuna junto al Cantábrico, el amigo de siempre, y próximo a la roca y al templo, en cuyo augusto camarín abre sus brazos al dolor del hombre el Santísimo Cristo de Candás.

Un jardín, un olmo venerable, a cuya sombra dejaba volar memorias apacibles como las dulces rimas de Trueba; tapial a ratos, seto a veces, un rincón para las hortalizas y una casuca con el retrato patriarcal que no se cansa de mirar; la alacena de roble antiquísimo como un mueble oxidado, la cómoda, la librería, la mesa vetusta y el llar oscuro y lóbrego, con el eterno olor a la fabada; todo esto, bajo la protección y ayuda de su retiro de capitán, constituían los escasos bienes de Diego Sartines, que viéndose solo, ya más en su enero que en su octubre, y sin otra compañía que la de una vieja criada, empezó a dedicar sus energías espirituales, últimas luces del corazón reflejadas en su cerebro, al trato con los espíritus y a la lectura de Kardec. A eso precisamente debió el sobrenombre y a que le recibieran con risas de chanza en las tertulias, hasta conseguir que se hiciera malicioso y satírico, devolviendo en pullas de acibar las embozadas agresiones; y como había tanto que decir, y no—¡librárale el cielo!—de las personas de más viso, sino de las otras, de las que hacen pecar a las personas principales, pues con un «ya me entiende usted...» y unos punteos suspensivos de esos que hacen roncha, tenía a las gentes en jaque, viéndolo y observándolo todo desde su guardillón o pegándose al muro ajeno, tras del cual hablaba con libre seguridad la imprudencia.

Entonces fué otra cosa; huyeron del capitán como de la peste y del alcance de sus ojos como de los de un basilisco, y había quien, topándose de súbito, marcaba la señal de la cruz, ocultando los dedos en los dobleces de la saya.

Cierto día, Sartines fué a darse de hocico con Sotiello, aquel mal hom de quien

decía Pedrin que habíale robado la trainera con sus maldades y su *abogau*, y que además de patrón de una flota de seis gabarras, era el alcalde de la villa. Llenóse al capitán el gesto de mofa viendo el semblante de máscara alegre; y el recién llegado:

—¿Qué facemus, don Diego?—dijole, mientras tendía el brazo cubierto por la limpia manga muy en alforzas hacia el puño, apoyándose en la verdasca sobre aquel fondo de aire diáfano y aquellas perspectivas inmensas y rientes como las de un cuadro velazqueño.

—Hay—respondió el viejín solapadamente—un caserío oscuro y un templo desde donde está viendo Dios la casa-alcaldesa que se remoja sin cesar. Su tejadillo fué pardo y ahora es rojo como los corales; su hórreo de tablas viejas, ahora relumbra y luce, y sus pegollos están blancos como galas de novia.

—¡El mío trabajo, don Diego!

—¡Es verdad, Ramón, es verdad! ¡Vaya que no es poco trabajo eso de andar en quintas y elecciones, pegándose el dinero!

—¡Y que usted lo diga!

—Hombre, ¿y por qué no compras la casa colindante, aquella de los álamos que ahora se come el sol?

—¡Bien quise, mas non hay pa tanto, don Diego!

—Pues, ¡rebástoles! ¡duro al diputado, y si no, manda a la Baltasara, tu mujer, que como es tan fina y dengosa siempre viene con algo. El conde es bueno y puede mucho, y tú acabarás por comerle su coto.

Sotiello había variado de postura, y entonces, apoyándose con los dos brazos en la verdasca, benévolo y bonachón el gesto y en triángulo de transigencia la sonrisa, puso tal epigrama en todo su semblante y de tal modo dejó resbalar su respuesta desde su mansa altura a la nerviosa pequeñez del viejeco, que éste sintió en lo más vivo el aguijonazo.

—Cuando eso llegue, agüelo—repuso—, ya estará usted comiendo tierra, como el sol se come la de los álamos.

—Es mucha verdad—respondióle el viejo, ahogándose de ira—; ¡la cuestión es comer! El estómago nunca le dice a la cabeza: «¿Cómo me hinchas?»; porque si fuera de ese modo, ¿qué le contestaría tu cabeza, Ramonín? ¿Qué contestaría tu cabeza a tu estómago?

Estalló la risa palurda, y la verdasca trazó una rápida sombra en la tierra; pero el viejo, acosado contra el riscal, miraba con fiera de sangre entre las crines de sus cejas. ¡Era mucho enemigo aquel don Diego! El alcalde-patrón fué latiendo en retirada, despegando primero los ojos del hombre, colocándose después escorzado y ya en facha de buscar el camino, para decir, como quien tira por el hombre la voz:

—¡Con Dios y hasta la vista!

—¡Adiós, Ramonín, y cuidate de no tropezar ni meter la garciella en orza que no sea la tuya... ¡que yo estoy aquí!

Pareció no oírle; bajó renqueando por la falda del cerro y el anciano respiró con fuerza, como si aquella sombra le ocultara completamente el horizonte.

III

Desde esta fecha el odio fué común; pero ¿quién se metía con el capitán loco, el ídolo de los mareantes? Sotiello—ya lo hemos dicho—era patrón de una trainera que había arrebatado a Pedrin Patiño por deudas de hambre, y dueño de tres lanchones más por iguales motivos de préstamos no satisfechos, siendo tan caprichoso que, amén de las barcas, quedábase con lo que podía de otras pertenencias, envolviéndose en este concepto lo que ya maliciosamente habrá adivinado el lector.

Pues el tal Ramonín se había fijado, allá por los días de si «tienes razón o no la tienes», y los de «yo te pagaré poco a poco...», y de «no puedo esperar ni un momento», en que los ojos de la Pimentosa habíale dicho entre sus ruegos círos sentires, y entonces atrájose con engaños al marido, embarcándose con él para inspirarle confianza, y no hallando razón alguna para volver a la casina, ya que por donde pasan Juzgado y desahucio sólo queda latiendo el rencor, arteramente dejóle entrever su propósito de devolverle el bien perdido, empleándole como sustituto en el gobierno de la trainera, y aquel día, aquel mismo día en que Pedrin se sintió perezoso, era cuando debía patronarla por primera vez, mientras el mal hombre se quedaba para empezar su juego, impidiéndolo la divina intervención del instinto humano, el susto de una pesadilla y el entrometimiento del vejete que abrió la portelliella al decir aquello que dijo.

Y ya a su lado el matrimonio, Sartines habló así:

—Llévame de la mano la locura para buscar siempre la razón, que anda hidrópica de sus inútiles deseos de triunfo. Tú no entiendes esto, Pedrin, y por no enténdermelo ni tú, ni ésta, ni nadie, es por lo que me llamaron lo que me llaman. Solo quedé en la vida por la edad y el común despego, que nunca tocan las alegrías a la puerta de la vejez, aunque busquen deliberadamente a un viejo para festejar sus humores; pero tú no sabes, Patiño, lo que en este abandono se aprende y lo que se aguja la atención para examinar las lacras ajenas. Sé que eres bueno, Pedrin: lo mejor de la feligresía; eres bueno, aunque poco sagaz, y sé, por ende, que tú no tuviste la culpa. Te hablo así, con el habla pulida, porque yo no sé hablar de otro modo; pero de esta música de mis frases algo te quedará. Escúchame.

Ella, la Pimentosa, estaba como en vilo. Indecisa entre el temor y el respeto supersticioso que inspira a las gentes humildes la presencia de un perturbado.

El capitán, sonriéndose irónicamente, exclamó en voz muy queda:

—¡Pobre!—Y después dijo—: Pimentosa, no abandones lo que tengas que hacer.

—Llumbre, señor, que va alto el día.

—Pues... ¡anda!..., ¡ve!

—Empezaré por decirte—dijo Sartines, mirándole misteriosamente a Pedrin—que en mi casa ocurren sucesos extraños.

Pedrin y la Pimentosa hicieron la señal de la cruz.

—¡En el santo nom de Dios!—dijo la voz turbada del marino.

—Una noche—prosiguió Sartines—paséame en el silencio de mi cuarto. La vieja dormía en su chiribitil, y en la chimenea silbaban los últimos restos de astillas, encendiéndose al paso del aire. La puerta del carréjo, esclava del picaporte, no se movía poco ni mucho, y la lámpara y mi vigilia eran lo único vivo allí. Miento; en el rincón había una cosa más desvelada que nosotros: el reloj, el antiguo reloj de mis padres. Deteniéndome ante él, distraído, vi su péndulo que iba y venía como tu mujer, dejando a veces brillar en un punto roto de la penumbra sus largas cuerdas de oro y su pesado círculo... Recuerdo que encendí la pipa y que en la larga lámina de cristal de la caja vi proyectarse su humareda, y recuerdo también que entre el humo y el resplandor del fósforo, súbitamente y en medio de una borrosa ráfaga, surgió el parpadeo de unos ojos intensamente oscuros. Observaréis que los míos son azules. Era algo así como si en la oscuridad del fondo alguien, repantigado cómodamente, me mirara. Tal fué la ilu-

sión, que registré el hueco que existe entre la pared y el mueble; pero... ¡claro!... ¡no había nadie!...

La Pimentosa se acercó, mano al rostro, dominada por la curiosidad, y Patiño fué aproximando también su talonete.

—Y después...

—Di poca importancia a la visión, por que ya sabéis que el desvelo engendra locuras, y así, continué paseándome, con la memoria fija en no sé qué trivialidad. El frío era crudo; abrí las hojas de madera de la ventana, y a través del empujado vidrio y favoreciéndome el fulgor metálico y misterioso de las noches glaciales, vi la mar tendida en blanca furia. Cerré de nuevo los postigos, dirigiéndome hacia la chimena para coger de su repisa un antiguo volumen de náutica... cuando...

El capitán se pasó la mano por la frente, haciendo una pausa.

—Mira, Pedrin; mira, Pimentosa—continuó—: ya sabéis que me he visto mil veces montado en el caballo negro que nos lleva a la eternidad, y os juro que nunca temblé; pero... ¡caray!, entonces sí que me puse como de palo, porque la cosa no era una chanza.

—¡Diga!..., ¡diga!—insinuó la Pimentosa, sentándose y cogiéndose una rodilla entre ambas manos.

—¡Calla, mujer!

—Ya os he dicho que la puerta estaba cerrada.

—Sí.

La mujer miró hacia el establo y el hombre se rascó la cabeza.

—Pues bien; de pronto... el picaporte de la puerta fué levantándose..., levantándose...

—¡Jesús!—gritó la Pimentosa, cruzando los dedos.

—¿El solo?

—Justamente, Patiño; él solo, y parece que estoy viéndole ascender con cierta indecisión perezosa, como la de esos minutos que en ocasiones se detienen y saltan; luego... un chirrido muy poco pronunciado..., el gemir del gozne premioso, y las dos hojas de la puerta fueron abriéndose.

—¿Y entró la fantasma?

—¡En el santo nom de Dios vivo!

—No entró nadie, o... no sé si entró; yo sólo vi por aquella abertura la larga pared del pasillo alumbrada por la luz tenue que venía de los ventanucos. Entonces, haciendo de tripas corazón, llegué hasta la puerta sin el menor tropiezo... ¡fué!..., ¡válgame Dios!, tanteando con el pie los rincones hasta que pude encender la candileja de la cocina; entré en la alcoba de la Tomasa, que dormía con gesto de diablo, y, por último, convencíme de que aquellas impresiones eran cosa sobrenatural cuando, al volver a mi habitación, vi sobre la mesa, y en lugar de la obra de náutica, un libro muy viejo, en cuya cubierta se leía con letras muy gordas:

«De cómo llegó a Candás el Santísimo Cristo.»

—¡Lei, lei con ansia devoradora, y hoy vengo a decirte, Pedro, lo que el libro decía. No me interrumpáis.

IV

—Hace muchos años, muchísimos, hubo en tierra de ingleses un rey cruel y depota que renegó, por una mujer, de nuestra santa misa, persiguiendo insensatamente a los buenos ministros de Dios. Tenía el tal un favorito, llamado Tom Cromwell, que le sobrepujó sirviendo las crueldades de su amo; porque habéis de saber, Pedrin, y tú, Pimentosa, que el hombre, malo de suyo, es terrible cuando obra bajo la responsabilidad de otro

que en las épocas de Enrique el Gran-
fué piedad y culto, convirtiéndose en la
Enrique VIII en desenfreno y des-
trío. Trajeron al tesoro real el oro de
abadias; forzaron los santuarios y
daron, hechas añicos, reliquias y ur-
as, ensangrentándose el hacha fratri-
en católicos y en herejes; pero... ¡va-
os al cuento! Había en Rhims un monje
revelaba su exaltación mística tallan-
en el silencio de su celda, divinas es-
culturas, con tal arte y saber, que no pa-
cia sino que un genio oculto guiaba con
sombrosa seguridad y tino la mano del
tífice. Durante aquellas largas noches
que el viento mugía deshaciéndose en-
los riscos grises, y la mar tumultuosa
turbada las escolleras, respondiendo
rezo tranquilo de los monjes, éste de
nien hago mención, ajeno a todo influ-
que no fuera el de su voluntad, ocu-
bábase en ir modelando la figura excel-
del Santísimo Cristo sobre una cruz
allada en madera de Antioquia. Bien
eo, Pedrín, y tú, Pimentosa, que me
entendéis lo mismo que si hablara en
lengua del Celeste Imperio; pero ¡qué
énos de hacer!

—Aunque non sepamos todo lo que di-
de la gaita, bien queda la música, señor.
—Quiere decir — arguyó la Pimento-
—que hemos entendido lo de la mar, y
del fraile, y lo del Santo Cristo.

—Pues bien; aquella divina escultura
estaba terminada ya, cuando una noche,
fué el tumulto de las olas, ni los ayes
del viento lo que llegó a la celda del
fraile, sino un roce de armas, de gol-
pes de puertas, de férreos pasos. Palide-
ció el religioso, comprendiendo de lo que
se trataba, y abrazándose a su obra
abrió rápidamente la ventana, que caía
sobre un estrechísimo paso entre los mu-
ros del monasterio y los cantiles donde
rebramaban las iras del canal del Nor-
te. Calculó que la puerta podría resistir
algunos momentos, y, signándose, saltó
hacia fuera. En seguida se oyeron voces,
lujurias y amenazas. La mar fosforescía
entre oscuros quejumbrosos senos, y a ve-
ces las olas rebramantes cerraban el pa-
so al atribulado monje, a quien el terror
restaba singularísima agilidad; sudaba
levantando su cruz con la imagen de aquél
que la llevó por todos, e iba ya a ganar
los ásperos vericuetos del monte, quan-
do distinguió en la sombra, y a su za-
da, multitud de confusas estrellas. Eran
las faroles de los que le perseguían, pro-
curando rabiñosos aullidos. —Hay que
registrarlo todo— gritaba una voz—. ¡Ya
es nuestro!... ¡No se escapará! ¡Por aquí,
por aquí!— rectificaba el agudo acento de
un lego judas acogido a la reforma—.

Y él, jadeando, llegó hasta el final de
una peña abrupta que le mentía anchos
y espaciosos caminos; pero aquella re-
verberación no era la de la tierra firme,
sino la del mar luminoso. Entonces una
tremenda angustia se apoderó del fraile,
como si la de aquella célebre noche
del Getsemani, guardada en el corazón
de la sacra reliquia, comunicara al su-
yo el martirio supremo y besando apa-
sionadamente en los pies del Redentor
su propia vanidad de artista, entregó a
los aires su desesperación doliente. —¡Je-
sus! ¡Jesús mío! ¡Sálvate, aunque sucum-
bas yo!— Y lanzando al mar la divina ta-
bla, cruzóse de brazos, tranquilo y en es-
pera de que llegaran sus perseguidores;

pero en tal instante, los puntos de luz
que le seguían desaparecieron en el abis-
mo, como otras tantas estrellas, en una
confusión caótica, y un rumor, un es-
trueno más poderoso, vibrante y metá-
lico que el de veinte piezas de artillería
disparadas a la vez, sobrepujo la voz
colérica de la mar y la desencadena-
da furia de los aires. Rodaron las rocas
buscando inteligentes, las seguridades
profundas del Océano, y en el rebullir

desasosegado de las aguas sólo quedó el
mustio reflejo de la ventana de la celda
como cifra inicial de una sublime tra-
dición.

V

—Y dicen que en aquella noche, ya cer-
cana la aurora, latió el mar por estos
continentes con la misma inusitada fur-
ria. Mugía el noroeste alzando inmensas
moles de agua, y las rotas naves acudían
al amparo de los puertos más próximos.
Sólo una permaneció en alta mar, aguan-
tándose, mejor dicho, dando la proa a
la tormenta, hecho trizas el palo, sin ve-
las ni timón, remontándose, hundiéndose,
triunfando siempre, con la voluntad
de sus dos únicos tripulantes; la fiebre
encendía sus ojos; sus manos sangraban
a lo largo de los remos, lavados sin ce-
sar por las iras del agua; pero seguían,
seguían tenaces un rastro de luz que iba
iluminando las olas. Uno de aquellos va-
lientes pescadores llamábase Pedro Pa-
tiño...

El marido de la Pimentosa se levan-
tó, convulso.

—¡Como yo!—dijo, llevándose ambas
manos al pecho, en tono de alegre sor-
presa.

Y el capitán loco respondióle en voz
muy tranquila:

—Como tú, y mucho tienes de él, pues-
to que de hijos suyos naciste.

La Pimentosa acercábase más y más,
renqueando con su taburete, ardiendo en
sus pupilas intensa llama.

—Pero... ¿y la luz, señor?—dijo.

—La luz era una zona de amatista que
se prolongaba a lo lejos. El otro pesca-
dor, Juan Codiño, decía, ahogándose de
angustia: —Es un gran mansio de sar-
dinas. —No, no; ¡hala!... ¡hala!—rugió
Patiño, combándose el desnudo pecho
al resistir el empujón del mar, duro y
horrible que se corría por las bordas, ha-
ciéndolas quejarse con siniestros chas-
quidos. —¡Que nos vamos a fondo!—cla-
mó Juan—. No tentemos a Dios. —¡Ha-
la!... ¡Animo! ¡Es Dios, es Dios quien nos
da fuerza!— Aquella fe comunicó empu-
je al compañero. Ya iban ganando la
mancha de claridad fantástica que ve-
nía derivando por barlovento, cuando,
de pronto, les pareció ver un naufrago
de azuladas carnes entre dos aguas y
atado a una especie de pequeña almadía.
—¡Quia!—gritó frenético Pedro—. ¡Ben-
dito sea!... ¡Es un Santo Cristo! —¡Un
Santo Cristo! Agarráronle por el pie de
la cruz y, al izarle y por prodigio cele-
ste, quedóse el agua muda y quieta, y la
bruma recogida en el aire, y desde el
horizonte vinieron atropellándose hasta
la barca los besos azules y de oro y de
nieve del sol, y ya a su bordo el crucifi-
jo, la nave, sola, enderezó su rumbo a
Candás, y desde entonces ahí le tenéis
oyendo vuestras súplicas y viendo exha-
larse en pernicioso vaho las palabras de
los que mienten, ¿sabes Pimentosa?

Ella se inclinó, confundida.

—Bien—continuó Sartines—; pues qui-
zá fuera el alma de aquel abuelo tuyo
la que en la hora de anoche dijérame
en la lengua de mi pesadilla: —Ve y dile
a Pedro que no salga a la mar—. Y yo,
en vez de acostarme, obedecí, viniendo,
y te lo dije, y no has salido, y ya vere-
mos el por qué.

La mujer suspiró viendo terminada la
historia, y levantándose, vistió y aseó a
la chiquilla, que se fué con la *vague* al
prao. Y poco después, y ya con un rie-
tus de sonrisa y duda en los labios de
la Pimentosa, salieron todos a la pla-
ya para ver muy desde cerca *aquello*
que había de pasar. Y Pedro observaba
a la mujer, que se encogió de hombros,
haciendo señas alusivas a la locura del
capitán, y Sartines era el único que mira-
ba y remiraba el horizonte, tendido en

limpia línea verde con vaguedades de
gran día. Fruncíanse las olas en mansas
arrugas, rompiendo en hondo ritmo, reti-
rándose al punto para no dejar, ni aun
prestados, a la tierra sus líquidos tapices,
rumoreando en la escollera; saltando allá
con escapes rápidos de altas espumas, y
a seis millas y como clavadas en su en-
canto de paz, cerquita al parecer, aun-
que hallándose lejos las unas de las
otras, una porción de traineras cobra-
ban poco a poco los tributos del mar en
sus redes.

Pero he aquí que la mar se pone de
pronto descolorida y turbia, como al pa-
so de un fantasma invisible, y las aguas
empiezan a mover los labios, diciendo
no se sabe qué sílabas de furiosa conju-
ra, entre ruidos de reconcomio y entre
hervidoras espumillas. Una ráfaga de
aire vuela, húmeda y glacial, azotando
las caras resacas, y el sol se entenebre-
ce entre un vaho de oro...

—¿Conocéis esto?

—¡Poder de Dios!—grita Pedro, todo
anhelante, con el busto inclinado hacia
la mar.

—¿Conoces esto, Pimentosa?—pregun-
tó nuevamente Sartines.

Y en tal ocasión era él quien sonreía,
en facha de burla, con la crueldad de la
victoria.

—Sí; la mar se pica.

—¡La Virgen nos valga!—clamó la mu-
jer, y de lo más hondo de su pecho es-
capóse misterioso suspiro—. ¡Dios tenga
piedad de ellos!...

Ellos, entonces, era él...

Y él... ¡quizá Sotiello!

La expresión de Sartines se hizo ma-
ligna al contemplarla.

Para el capitán loco, Sotiello no era
sino el espíritu maldito de Tom Crom-
well reencarnado en un nuevo truhán.

Las traineras, hasta entonces al pai-
ro, encabritáronse para huir, viéndose
claramente la maniobra; pero el viento
saltó de pronto y no las dejó. Oyóse el
estruendo temido; pasaron acelerada-
mente las aves; brilló entre plomo el cha-
to campanil de la lejana iglesia, y al
ruido de la mar respondieron extraños
alaridos sobre la costa. Las mujeres lle-
gaban con las manos puestas en alto;
bajo las manos, la oración; los ojos,
desde el mar al cielo, y los hombres dis-
ponían calabotes y lanchas de auxilio.
¡Todo inútil! El Cantábrico es orgulloso
y nunca se queda con lo de nadie; ace-
leró el paso de las traineras hacia los
arrecifes, y queriendo sin duda patenti-
zar de un modo evidente su galantería,
llevó el cadáver de Sotiello hasta la mis-
ma playa.

—¿Lo ves, Pimentosa, lo ves?—excla-
mó el capitán, gozoso—. ¡Bien dijiste
que se iba a hincar!

La Pimentosa miraba a su marido,
que hacía la señal de la cruz.

—¿Me perdonas?—dijo, acercándosele
mucho—. ¿Me perdonas por habermé em-
peñado en que salieras hoy?

—¡Déjame, muyer!—contestóla Pedro
en tono desabrido, haciéndose ojos para
contemplar a Sotiello, puesto de lado,
como si en su perdurable lujuria busca-
ra el beso de la tierra.

—¡Milagro fué!—repuso—, y eu prome-
to que toudo cuanto saque de la nozale-
da y lo que me den en Perlora conver-
tielo en cirios para llevárselos, descalzo,
al Santo Cristo de Candás.

—Y yo—dijo anhelosa la mujer—iré
contigo de rodillas.

—Sí, sí—afirmó el capitán—; cánsate
bien las piernas para que Dios te qui-
te los malos pensamientos.

—¿Qué pensamientos tuyos? ¡Coime!—
gritó, de pronto, el pescador, mirando a
Sartines, mientras en la hermosura de
la Pimentosa resplandecía un ruego y
una confesión.

—Pues, hombre, ¿te parece poco?...

—¡Es claro!—dijo ella, robusteciendo
la razón que el capitán no daba.

—¡Es claro!—repuso Pedro, distrayen-
dose con el espectáculo de la borrasca—.
Eres buena..., pero tienes ese aquel...
¡Siempre fuiste muy cobiciosa!... ¡Mun-
chu!...

Leopoldo LOPEZ DE SAA

Ilustración de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

El último estoico (La novela de un
hombre que comenzó a vivir a los cuaren-
ta años), por Juan Pallarés.—Este libro,
de apariencia tan sencilla, que no ha
necesitado de portadas chillonas, ni de
otras alharacas al uso para deslumbrar
incautos, encierra hondos valores, y
muy en primer término el de una alta
ejemplaridad. De fábula originalísima y
por demás interesante; de rico color y
movimiento en las descripciones; de una
realidad cordial que convence y cautiva
en el trazado de los personajes, exacto
y atinado en toda ocasión; elevado el
pensamiento, noble el fin que persigue y
grande la enseñanza a que aspira, esta
novela de nuestro querido compañero
Juan Pallarés es un acierto indiscutible.
Pero, sobre todas esas virtudes, se des-
taca en ella un mérito verdaderamente
ejemplar: el amoroso cuidado, el tesón
admirable con que su autor ha pulido el
lenguaje, dominado, entregado por ente-
ro a una aspiración nobilísima, que oja-
lá sirva a cuantos escriben de eficaz es-
tímulo: la de devolver a nuestra hermo-
sa lengua castellana toda su pristina pu-
reza y su glorioso valor. No a guisa de
erudito que se pasa la vida exhumando
viejos vocablos, sin preocuparse de su
vitalidad actual; ni tampoco por exage-
rado prurito clasicista, que truena con-
tra todo lo moderno, oponiéndose con in-
útil y pueril afán a las leyes naturales
de la vida, sino lleno el espíritu de un
santo fervor por conservar, enriquecién-
dola incesantemente, pero limpia de
bárbara cizaña, la invalorable herencia
recibida de aquellos siglos de esplendor
no igualado nunca por ninguna otra len-
gua del mundo. Y bien ha conseguido
Juan Pallarés su meritisimo propósito.
Del estilo empleado en su último libro
puede decirse que por sí solo constituye
una bella obra de arte, levantada para
mayor honra y gloria de esta lengua
nuestra, universal e inmortal.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

Últimas publicaciones de gran éxito:

	Pesetas.
JOSÉ FRANCÉS: Dos hombres y dos mujeres, novela. 5	
GUTIÉRREZ-GAMERO: El corregidor de Almagro, novela. 4	
HERNÁNDEZ CATÁ: Una mala mujer, 2.ª edición, novela. 5	
PÉREZ DE AYALA: A. M. D. G., la vida en un cole- gio de jesuitas, novela..... 5	
VERLAINE: Carlos Baudelaire..... 4	
GUIDO DA VERONA: Yvelise, novela..... 5	
YESARES: Manual del mecánico electricista.. 5	

EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y ESTACIONES
Concesionarios de venta: RIVADENEYRA
GRAN VÍA, 8 Y 10

Advertimos a los señores que nos honran
con su colaboración espontánea, que "en
ningún caso" nos es posible devolver los
originales no solicitados ni mantener co-
rrespondencia acerca de ellos.

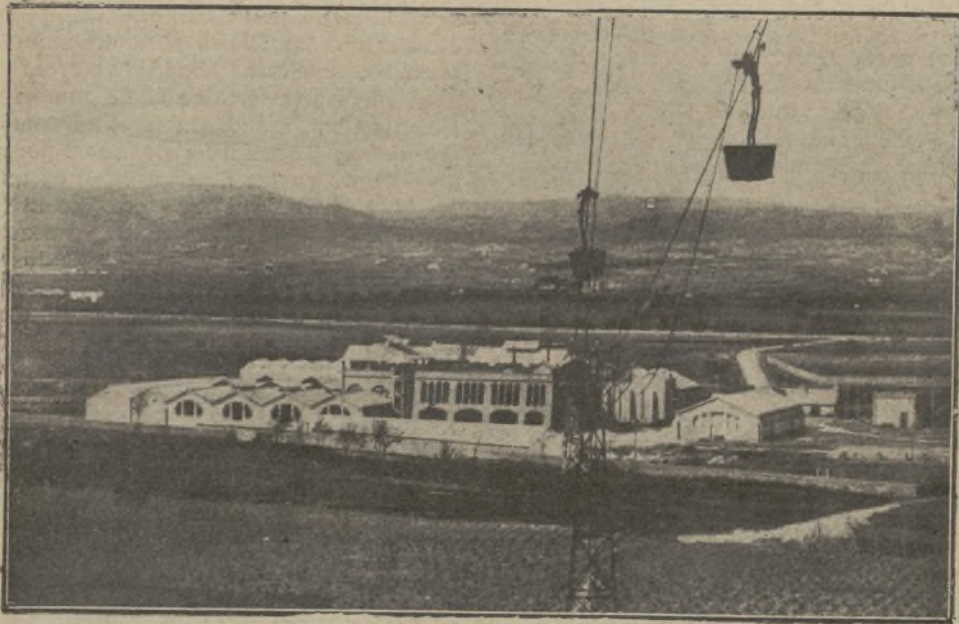
LA PRODUCCIÓN NACIONAL

En los Monjos, pintoresco pueblo de Cataluña, y frente a la estación que lleva su nombre, tiene instalada la Sociedad anónima «Cementos y Cales Freixa» su importante fábrica, en la que anualmente producen 60.000 toneladas de los acreditados cementos Blanco, Portland, Grapiers y cales hidráulicas, que, por su inmejorable calidad, son unos de los que mayor aceptación tienen en el mercado.

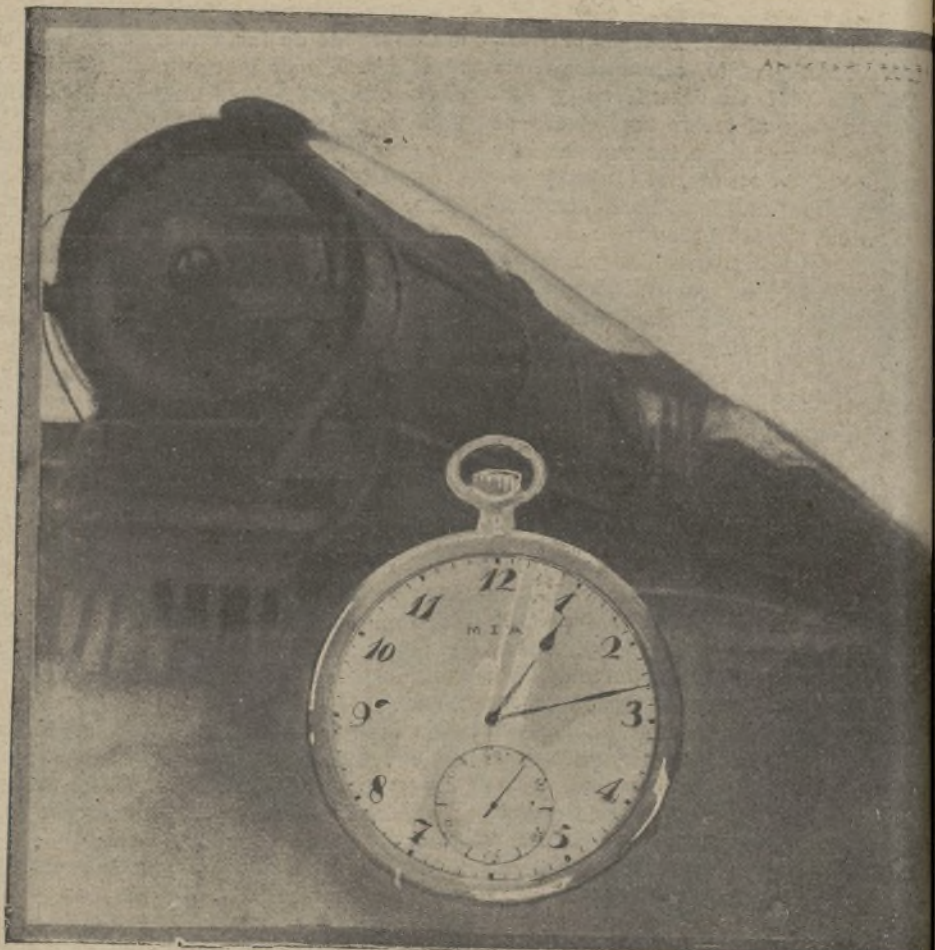
La conquista del consumidor tan rápidamente conseguida por los productos que elabora «Cementos y Cales Freixa» desde su constitución, en 1912, que ad-

quirió la propiedad del inmueble y canteras que la antigua Casa Freixa tenía en Santa Margarita y Monjos, es debida al esmero con que se fabrican sus productos, pues además de contar con una instalación dotada de cuantos adelantos se conocen, tiene un Laboratorio en el que diariamente se analizan escrupulosamente todos sus artículos antes de lanzarlos a la venta.

En su despacho central de la Rambla de Cataluña, 35, Barcelona, se facilitan cuantos datos sean precisos al cliente sobre la bondad de los cementos que fabrican.



VISTA PANORAMICA DE LA FABRICA
En primer término el ferrocarril aéreo, que recorre 3.000 metros.



Un tren se adelanta o se atrasa.
El reloj **M. Z. A.** no se adelanta
ni se retrasa **jamás**.

CARLOS COPPEL
FABRICA DE RELOJES.—FUENCARRAL, 27

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se vera usted
libre de callos y durezas,
juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

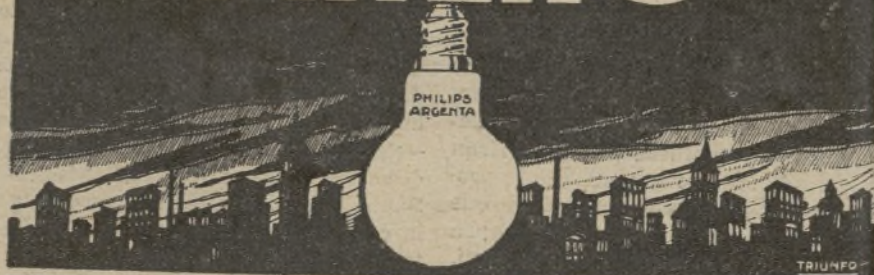
Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.-Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4 MADRID



ULTIMA NOVEDAD DE PHILIPS



ARGENTA

Luz más hermosa y más decorativa
para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: **ADOLFO HIELSCHER, S. A.**
Almacén de material eléctrico
MADRID: Calle del Prado, 30.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS — ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO

DE

EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ

ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones